

Alice LaPlante

**NO
RECUERDO
SI LO HICE**

Traducción:

ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

Para Alice Gervase O'Neill LaPlante

UNO

Ha pasado algo. Siempre se sabe. Recuperas la consciencia y descubres el destrozo: una lámpara rota, un rostro humano desolado que se difumina justo cuando estás a punto de reconocerlo. A veces, es alguien con un uniforme: un paramédico, una enfermera. Una mano extendida con una pastilla. O dispuesta a clavar una aguja.

En esta ocasión, me encuentro en una habitación, sentada en una fría silla metálica plegable. La estancia no me resulta familiar, pero ya estoy acostumbrada a eso. Busco pistas: ambientación de oficina, amplia y llena de sillas y ordenadores, desorden de papeles. Sin ventanas.

Apenas puedo distinguir el verde pálido de las paredes, de tantos carteles, recortes y anuncios clavados con chinchetas. La luz de los fluorescentes provoca sombras. Hombres y mujeres hablando; entre ellos, no conmigo. Algunos llevan trajes holgados, otros van en vaqueros. Y más uniformes. Supongo que una sonrisa estaría fuera de lugar. El miedo, puede que no tanto.

Todavía soy capaz de leer, aún no he llegado a ese punto, todavía no. Libros, ya no, pero artículos de periódico, sí. Reportajes de revistas, si no son muy largos. Tengo un método. Saco una hoja de papel rayado. Tomo apuntes, como en la Facultad de Medicina.

Cuando me pierdo, leo las notas. Las consulto. Puede llevarme dos horas acabar un solo artículo del *Tribune*, medio día leerme *The New York Times*. Ahora, sentada a la mesa, tomo un papel que alguien ha dejado, un lápiz. Escribo en el margen

mientras leo. *Estas soluciones no son más que un parche. Los brotes violentos persisten. Recogen lo que sembraron y deberían arrepentirse.*

Más tarde, miro esas notas pero solo me dejan una sensación de malestar, de descontrol. Un hombre corpulento vestido de azul se cierne ante mí, con la mano a centímetros de mi brazo. Listo para agarrar. Reprimir.

¿Entiende los derechos que acabo de leerle? Teniendo en cuenta estos derechos, ¿desea hablar conmigo?

Quiero irme a casa. Quiero irme a casa. Estoy en Filadelfia. Estaba en la casa de Walnut Lane. Jugábamos al *kickball** en la calle.

No, esto es Chicago, distrito Cuarenta y tres, barrio Veintiuno. Hemos llamado a sus hijos. A partir de este momento, puede decidir poner fin a esta entrevista acogiéndose a estos derechos.

Deseo poner fin. Sí.

Hay un gran letrero pegado a la pared de la cocina. Las palabras, escritas con un rotulador grueso negro con mano temblorosa, serpentean por el cartel: «Me llamo doctora Jennifer White. Tengo sesenta y cuatro años. Padezco demencia. Mi hijo, Mark, tiene veintinueve años. Mi hija, Fiona, veinticuatro. Una cuidadora, Magdalena, vive conmigo».

Todo está muy claro. Entonces, ¿quiénes son todas esas otras personas que están en mi casa? Gente, extraños, por todas partes. Una mujer rubia a la que no reconozco tomando té en mi cocina. Puedo atisbar movimiento en el salón. Doblo la esquina, entro en la sala de estar y me encuentro con un rostro más. Le pregunto, ¿Y tú quién eres? ¿Quiénes son todos esos? ¿La conoces? Señalo hacia la cocina, y se ríen.

* Deporte callejero similar al béisbol, muy popular en Estados Unidos. (N. del T.)

Yo soy ella, dicen. Yo estaba allí, ahora estoy aquí. Soy la única persona que hay en la casa, aparte de ti. Me preguntan si quiero un té. Me preguntan si quiero salir a dar un paseo. ¿Soy un bebé?, digo. Estoy cansada de las preguntas. *Me conoces, ¿verdad? ¿No te acuerdas? Magdalena. Tu amiga.*

El cuaderno de notas es una forma de comunicarme conmigo misma, y con los demás. De llenar los períodos en blanco. Cuando todo está envuelto en brumas, cuando alguien menciona un evento o una conversación que no puedo recordar, hojeo las páginas. A veces me consuela leer lo que hay. A veces, no. Es mi biblia de la consciencia. Vive en la mesa de la cocina: grande y cuadrado, con una cubierta de cuero repujado y papel grueso de color crema. Cada entrada lleva una fecha. Una mujer amable me invita a sentarme frente a ella.

Escribe: «20 de enero de 2009. Notas de Jennifer». Me pasa el bolígrafo. Dice, *Escribe lo que ha pasado hoy. Escribe sobre tu infancia. Escribe lo que recuerdes.*

Recuerdo mi primera artrodesis de muñeca. La presión del bisturí sobre la piel, el ligero tirón cuando finalmente rasgó. La resistencia del músculo. Mis tijeras quirúrgicas rozando el hueso. Y, después, quitarme unos guantes ensangrentados dedo a dedo.

Negro. Todos van de negro. Caminan en grupos de dos y tres por la calle hacia la parroquia de Saint Vincent, envueltos en abrigo y bufandas que cubren sus cabezas y la parte inferior de la cara frente a lo que aparentemente es un viento cortante.

Estoy dentro de mi cálida casa, con el rostro frente a la ventana congelada, Magdalena rondando cerca. Solo puedo ver las puertas de madera tallada de tres metros y medio. Están abiertas de par en par, y la gente entra. Hay un coche fúnebre delante, y otros vehículos en fila detrás, con las luces encendidas.

Es Amanda, me dice Magdalena. El funeral de Amanda. ¿Quién es Amanda?, pregunto. Magdalena duda, y luego dice, Tu mejor amiga. La madrina de tu hija.

Lo intento. No lo consigo. Meneo la cabeza. Magdalena toma mi cuaderno. Pasa las páginas. Me señala un recorte de periódico:

Aparece muerta y mutilada una anciana en Chicago.

CHICAGO TRIBUNE - 23 de febrero de 2009.

CHICAGO, IL. - El cadáver mutilado de una mujer de setenta y cinco años de Chicago fue descubierto ayer en una casa del bloque 2100 de Sheffield Avenue.

Amanda O'Toole apareció muerta en su casa después de que una vecina se fijara en que llevaba casi una semana sin recoger sus periódicos, según fuentes cercanas a la investigación. Le habían amputado cuatro dedos de la mano derecha. Se desconoce el momento exacto de la muerte, pero la causa se atribuye a un traumatismo en la cabeza, afirman estas fuentes.

No se ha echado en falta nada en su casa.

Nadie ha sido acusado, pero la Policía detuvo provisionalmente a una persona relacionada con el caso para luego ponerla en libertad.

Lo intento, pero no consigo traer nada a mi memoria. Magdalena se va. Vuelve con una foto.

Dos mujeres. Una es unos cinco centímetros más alta que la otra, con un cabello largo, liso y blanco recogido en un moño apretado. La otra, más joven, luce unos mechones grises ondulados más cortos que envuelven unas facciones cinceladas de aspecto más femenino. Seguramente fue hermosa, en el pasado.

Esta eres tú, dice Magdalena, señalando a la más joven. Y esta de aquí, esta es Amanda. Analizo la fotografía.

La mujer más alta tiene un rostro interesante. No precisamente hermoso. Ni lo que se diría agradable. Demasiado afilado en la nariz, líneas quizá de desdén grabadas en los carrillos. Las dos mujeres están de pie, juntas pero sin tocarse, aunque se aprecia cierta afinidad.

Intenta recordar, me insiste Magdalena. *Podría ser importante*. Su mano se posa con fuerza en mi hombro. Quiere algo de mí. ¿El qué? Pero de repente me siento muy cansada. Me tiemblan las manos. El sudor corre entre mis pechos.

Quiero irme a mi cuarto, digo. Aparto de un golpe la mano de Magdalena. Dejádme tranquila.

¿Amanda? ¿Muerta? No puedo creerlo. Mi querida y adorada amiga. La madrina de mis hijos. Mi confidente en el barrio. Mi hermana.

De no ser por Amanda, habría estado sola. Yo era diferente. Siempre apartada. La que se quedaba fuera.

Aunque nadie se enteraba. Los engañaban las apariencias, tan fáciles de embaucar. Nadie comprendía las debilidades como Amanda. Me vio y me salvó de mi soledad secreta. ¿Y dónde estaba yo cuando ella me necesitaba? Aquí. Tres puertas más abajo. Revolcándome en mis penas. Mientras ella sufría. Mientras algún monstruo blandía un cuchillo y se colaba en su casa para matarla.

¡Ay, el dolor! Demasiado dolor. Dejaré de tragarme las pastillas. Me llevaré el bisturí al cerebro y extirparé su imagen. Voy a implorar justamente esa cosa contra la que llevo luchando todos estos largos meses: el dulce olvido.

La mujer amable escribe en mi cuaderno. Firma con su nombre: Magdalena. *Hoy, viernes 11 de marzo, ha sido otro día malo. Te has tropezado en un escalón y te has roto un dedo del pie. En urgencias, te escapaste al aparcamiento. Un celador te trajo de vuelta. Le escupiste.*

La vergüenza.

Este medio estado. La vida en las sombras. Mientras los ovillos neurofibrilares proliferan, mientras las placas seniles se endurecen, mientras las sinapsis dejan de disparar y mi mente se pudre, sigo consciente. Una paciente sin anestesiarse.

La muerte de cada célula me pincha donde más sensible soy. Y gente a la que no conozco me trata como si fuera una niña. Me abrazan. Intentan agarrarme de la mano. Me llaman con apodosos pueriles. *Jen. Jenny.* Acepto con amargura el hecho de que soy famosa, querida, incluso, entre extraños. ¡Una celebridad!

Soy toda una leyenda, pero solo en mi mente.

Últimamente, mi cuaderno está lleno de advertencias. *Mark está muy enfadado hoy. Me ha colgado. Magdalena dice que no hable con nadie que llame. Que no abra la puerta cuando ella esté haciendo la colada en el baño.*

Luego, con una letra distinta: *Mamá, no estás segura con Mark. Cédeme la tutela médica a mí, Fiona. De todos modos, es mejor que la tutela médica y la financiera estén en las mismas manos. Algunas cosas están tachadas, no, totalmente eliminadas, con un rotulador grueso negro. ¿Por quién?*

De nuevo, mi cuaderno:

Mark ha llamado. Dice que mi dinero no me salvará. Que debo escucharlo. Que hay otras acciones que debemos hacer para protegerme.

Luego: *Mamá, he vendido acciones de IBM por un valor de 50.000 dólares para el anticipo de la abogada. Viene recomendada para casos que tratan sobre incapacidad mental. No tienen pruebas, solo teorías. El doctor Tsien te ha prescrito 150 miligramos de Seroquel para controlar los episodios. Volveré mañana, sábado. Tu hija, Fiona.*

Estoy en un grupo de apoyo de Alzheimer. La gente viene y se va.

Esta mañana Magdalena dice que es un buen día, podemos intentar asistir. El grupo se reúne en la iglesia metodista de Clark, pequeña y gris, con paredes de tablones de madera y unas chillonas vidrieras de colores primarios.

Nos reunimos en el salón parroquial, una gran habitación con ventanas que no se abren y suelo de linóleo moteado con las marcas de rayones de las sillas plegables de metal. Un grupo vario-pinto, seremos una media docena, con nuestras mentes en varios estados de desnudez. Magdalena espera fuera con las otras cuidadoras. Se alinean en bancos en el oscuro pasillo, tejiendo y hablando bajito entre ellas, pero atentas, preparadas para levantarse y llevarse a los enfermos a su cargo ante el más mínimo asomo de problemas.

Nuestro responsable es un joven con el título de trabajador social. Tiene una cara amable e insegura, y le gusta empezar con preámbulos y un chiste. *Me llamo Nomeacuerdo y soy nosequé.* Se refiere a lo que hacemos como los Dos Pasos en Círculo. *El primer paso es admitir que tienes un problema. El segundo paso es olvidar que tienes ese problema.*

Siempre consigue arrancar una risa, de algunos porque recuerdan la broma de la sesión anterior, pero de la mayoría porque para ellos es nueva, no importa cuántas veces la hayan oído.

Hoy es un buen día para mí. Me acuerdo. Incluso añadiría un tercer paso: *El tercer paso es acordarte de que te olvidas.* El tercer paso es el más duro de todos.

Hoy hemos hablado sobre *actitud*. Así es como lo llama el responsable. A todos os han dado este diagnóstico extraordinariamente inquietante, dice. Todos sois gente culta, inteligente. Sabéis que se os está acabando el tiempo. Lo que hagáis con él es cosa vuestra. ¡Sed positivos! Tener Alzheimer puede ser como ir a una fiesta donde resulta que no conoces a nadie. ¡Pensad en ello! ¡Cada comida puede ser la mejor de vuestra vida! ¡Cada película, la más fascinante que hayáis visto! *Tened sentido del humor*, dice. *Sois un visitante de otro planeta, y estáis estudiando las costumbres locales.*

Pero ¿qué pasa con el resto de nosotros, para quienes las paredes se están estrechando?, ¿a quienes siempre nos dio pánico el cambio? A los trece años, dejé de comer durante una semana porque mi madre había comprado sábanas nuevas para mi cama. Para nosotros, la vida ahora es terriblemente peligrosa. En cada esquina se esconde un riesgo. Así que asientes ante todos los extraños que se te presentan por la fuerza. Te ríes cuando los demás se ríen, te pones serio cuando se ponen serios. Cuando la gente te pregunta *¿Te acuerdas?*, asientes un poco más. O tuerces el gesto primero, pero luego dejas que se ilumine tu cara, confirmando que recuerdas.

Todo esto es necesario para sobrevivir. *Soy una visitante de otro planeta, y los nativos no son muy amistosos.*

Abro sola mi correo. Luego, desaparece. De repente. Hoy, peticiones para salvar a las ballenas, salvar a los pandas, por un Tíbet libre.

Mi extracto bancario muestra que tengo 3.567,89 dólares en una cuenta corriente del Bank of America. Hay otra notificación de un agente de bolsa, Michael Brownstein. Lleva mi nombre en el encabezamiento. Mis activos han caído un diecinueve por ciento en los últimos seis meses. Por lo visto, ahora suman un total de 2.560.000 dólares. Añade una nota: *No está tan mal como podría haber sido debido a su conservadora selección de inversiones y a una amplia estrategia de diversificación de la cartera.*

¿2.560.000 dólares es mucho dinero? ¿Es suficiente? Contemplo las letras en la página hasta que se vuelven borrosas. AAPL, IBM, CVR, ASF, SFR. El idioma secreto del dinero.

James es taimado. James tiene secretos. Algunos los conozco; la mayoría, no. ¿Dónde está hoy? Los niños han ido al colegio. La casa se encuentra vacía, a excepción de una mujer que parece ser una especie de asistente del hogar. Está ordenando los libros en el salón, tarareando una canción que no reconozco. ¿La ha

contratado James? Probablemente. Alguien debe ocuparse de mantener las cosas ordenadas, para que la casa parezca bien atendida; yo siempre me he mostrado reticente a las labores del hogar, y James, aunque es un ordenado compulsivo, está demasiado ocupado. Siempre de aquí para allá. En misiones de paisano. Como ahora. Amanda no lo aprueba. *Los matrimonios tienen que ser transparentes*, dice. *Deben aguantar el resplandor de la luz del sol*. Pero James es un hombre sombrío. Necesita estar cubierto, florece en la oscuridad. El propio James lo explicó hace tiempo, se inventó la metáfora perfecta. O, mejor dicho, la arrancó de la naturaleza. Y aunque no me fío de las categorizaciones demasiado estrictas, esta sonaba convincente. Era un día caluroso y húmedo de verano, en la casa de la infancia de James en Carolina del Norte. Antes de que nos casáramos. Habíamos salido a dar un paseo después de cenar mientras se ponía el sol y apenas doscientos metros más allá del porche trasero de la casa de sus padres nos encontramos en medio de un bosque virgen, oscuro, con árboles regados de musgo blanco, nuestras pisadas apagadas por el manto de hojas muertas que cubrían el suelo. Ramas de helecho se desplegaban entre la rocalla, y alguna seta brillaba en solitario. James las señaló. *Venenosas*, dijo. Cuando habló, un pájaro cantó. Por lo demás, silencio. Si había un camino, yo no podía verlo, pero James avanzaba firme y, como por arte de magia, se abría una senda ante nosotros. Habíamos recorrido quizá medio kilómetro, la luz decayendo minuto a minuto, cuando James se detuvo. Señaló algo. A los pies de un árbol, entre una masa de musgo verde y amarillento, algo brillaba con un blanco fantasmal. Una flor, una flor solitaria sobre un largo tallo blanco. James soltó un suspiro. *Tenemos suerte*, dijo. *A veces puedes buscarlas durante días sin encontrar ninguna*.

¿Y qué es?, le pregunté. La flor emitía luz propia, tan fuerte que varios insectos giraban a su alrededor, como atraídos por su brillo.

Una planta fantasma, dijo James. *Monotropa uniflora*. Se agachó y encerró la flor entre sus manos, con cuidado de no arrancarla

de su tallo. *Es una de las pocas plantas que no necesitan luz. En realidad, crece en la oscuridad.*

¿Cómo es posible?, pregunté.

Es un parásito. No realiza la fotosíntesis, sino que se alimenta de los hongos y árboles que la rodean, deja que otros hagan el trabajo duro. Siempre he sentido cariño por ella. Admiración, incluso. Porque no es fácil. Por eso no están muy extendidas. La planta tiene que encontrar al huésped apropiado, y deben darse las condiciones exactas para que florezca. Pero cuando florece, es realmente espectacular. Dejé la flor y se levantó.

Sí, puedo verlo, dije.

¿Puedes?, preguntó James. *¿De verdad puedes?*

Sí, repetí, y la palabra permaneció suspendida entre ambos en el ambiente cargado y húmedo, como una promesa. Un voto.

Poco después de ese viaje, nos casamos discretamente en los juzgados de Evanston. No invitamos a nadie, habría parecido una intromisión. El funcionario hizo de testigo, y terminamos en cinco minutos. En su conjunto, una buena decisión. Pero en días como hoy, en los que siento la ausencia de James como una herida, me gustaría volver a estar en aquellos bosques, que, no sé muy bien cómo, siguen tan frescos y fuertes en mi memoria como el día en que estuvimos allí. Podría estirar el brazo y arrancar esa flor, ofrecérsela a James cuando vuelva. Un oscuro trofeo.

Estoy en el despacho de un tal Carl Tsien. Un médico. Mi médico, por lo que parece. Un hombre delgado y con entradas. Pálido, del modo en que solo puede serlo un hombre que se pasa todo el tiempo metido entre cuatro paredes bajo luz artificial. Un rostro benévolo. Aparentemente, nos conocemos bastante bien.

Me habla de antiguos alumnos. Usa la palabra *nuestros*. *Nuestros alumnos*. Dice que debería sentirme orgullosa. Que dejé a la universidad y al hospital un legado de un valor incalculable.

Meneo la cabeza. Estoy demasiado cansada para fingir, después de haber pasado una mala noche. Una noche de paseos. Ir y venir, ir y venir, del cuarto de baño al dormitorio, del dormitorio al cuarto de baño, y vuelta a empezar. Contando los pasos, marcando un ritmo constante sobre las baldosas y el parquet. Dando vueltas hasta que me dolían las plantas de los pies.

Pero este despacho despierta algo en mi memoria. Aunque no conozco a este médico, en cierto modo sus posesiones me resultan familiares. Una réplica de un cráneo humano sobre su mesa. Alguien ha puesto pintalabios en el maxilar de hueso donde estarían los labios y, abajo, una rudimentaria placa dice simplemente: CARLOTTA LA LOCA. Conozco ese cráneo. Conozco esa letra. Se fija en que estoy mirándolo. *Tus bromas siempre fueron un poco raras*, dice.

En la pared, sobre el escritorio, un antiguo cartel de esquí reza CHAMONIX con letras de un rojo brillante. «*Des conditions de neige excellentes, des terrasses ensoleillées, des hors-pistes mythiques.*» Un hombre y una mujer, vestidos con la abultada ropa de principios del siglo XX, en equilibrio sobre unos esquíes en el aire por encima de una pronunciada pendiente blanca salpicada de pinos. Un dibujo imaginativo, no una foto, aunque también hay fotos colgadas a izquierda y derecha del cartel. En blanco y negro. A la derecha, una de una jovencita, sucia, en cuclillas frente a una choza destartalada. A la izquierda, una de un campo yermo con el sol apenas visible sobre el horizonte plano y una mujer, desnuda, tumbada boca abajo con la barbilla apoyada en las manos. La mujer mira directamente a la cámara. Me produce repugnancia y aparto la mirada.

El médico se ríe y me da unas palmaditas en el brazo. *Nunca aprobaste mi visión artística*, dice. *Lo llamabas «preciosista»*. *Ansel Adams descubre el Discovery Channel*. Me encojo de hombros. Dejo que su mano se quede en mi brazo mientras me conduce a una silla.

Voy a hacerte unas preguntas, dice. *Tú simplemente contesta lo mejor que puedas*.

No me molesto en responder.

¿Qué día es hoy?

El día de ir al médico.

Respuesta inteligente. ¿En qué mes estamos?

Invierno.

¿Puedes ser más precisa?

¿Marzo?

Casi. Finales de febrero.

¿Qué es esto?

Un lápiz.

¿Qué es esto?

Un reloj.

¿Cómo te llamas?

No me insultes.

¿Cómo se llaman tus hijos?

Fiona y Mark.

¿Cómo se llamaba tu marido?

James.

¿Dónde está tu marido?

Muerto. De un infarto.

¿Qué recuerdas de eso?

Estaba conduciendo y perdió el control del coche.

¿Murió del infarto o del accidente?

Clínicamente, fue imposible determinarlo. Podría haber muerto de una cardiomiopatía causada por una válvula mitral defectuosa, o de un traumatismo craneal. Estaban muy igualados. El juez optó por parada cardíaca. Yo, personalmente, habría elegido la otra opción.

Seguramente te sentiste destrozada.

No, lo que pensé fue: así es James, una batalla constante entre su cabeza y su corazón, hasta el final.

Te lo tomas a la ligera. Pero recuerdo aquel momento. Por lo que pasaste.

No seas condescendiente conmigo. Aquello me daba risa. Su corazón sucumbió primero. ¡Su corazón! De hecho, me reí. Me reí mientras identificaba el cadáver. Un lugar tan frío y reluciente, la morgue. No había entrado en una desde los tiempos

de la facultad, y siempre las odié. Esa luz desagradable. El frío helador. La luz, la baja temperatura y también los sonidos: zapatillas con suela de goma chillando como ratas hambrientas sobre las baldosas del suelo. Eso es lo que recuerdo: James bañado en una luz implacable mientras las alimañas correteaban.

Ahora eres tú la que está siendo condescendiente. Como si yo no pudiera ver más allá de eso.

El médico escribe algo en una tabla. Se permite sonreírme.

Has sacado diecinueve, dice. ¡Hoy lo has hecho muy bien! No veo tensión y Magdalena dice que la agresividad ha remitido. Seguiremos con la misma medicación.

Me lanza una mirada. *¿Tienes algo que objetar?*

Meneo la cabeza. *De acuerdo, entonces. Haremos todo lo que podamos para que te quedes en tu casa. Sé que eso es lo que quieres.*

Guarda silencio unos instantes. *Debo confesarte que Mark me ha estado insistiendo para que redacte un informe médico que él pueda usar para declarar tu incapacidad mental para tomar decisiones médicas, dice. Me he negado.* El médico se inclina hacia delante. *Te aconsejo que no dejes que te examine otro médico. No sin una orden judicial.*

Saca un papel de su archivador. *Mira, te lo he escrito todo. Todo lo que acabo de decir. Se lo daré a Magdalena y le diré que lo guarde en un lugar seguro. He hecho dos copias. Magdalena le dará una a tu abogada. Puedes confiar en Magdalena, creo. Me parece que es de fiar.*

Espera mi respuesta, pero estoy concentrada en la foto de la mujer desnuda. En sus ojos hay duda y sospecha. Mira a la cámara. Detrás de la cámara. Me mira directamente a mí.

NO encuentro las llaves del coche, así que decido ir andando a la farmacia. Compraré pasta de dientes, hilo dental y champú para cabellos secos. Igual algo de papel higiénico, de primera calidad.

Cosas normales. Hoy siento una inclinación a fingir que soy normal. Luego iré al supermercado y escogeré el pollo asado más gordo para cenar. Una barra de pan reciente. A James le gustará. Pequeños placeres, compartimos nuestro amor por ellos.

Pero tengo que salir rápido, y con sigilo. Intentarán detenerme. Siempre lo hacen.

No encuentro mi monedero. ¿Dónde estará? Siempre lo dejo junto a la puerta. No importa, ya encontraré a alguien amable. Les diré, «Soy la doctora Jennifer White y me he olvidado la cartera», y dirán, «Ah, claro, tenga algo de dinero», y yo simplemente menearé la cabeza y se lo agradeceré.

Recorro la calle a grandes zancadas, pasando junto a casas de piedra cubiertas de hiedra, con sus vallas de hierro forjado hasta la altura de la cintura, encerrando pequeños jardines delanteros dispuestos con una perfección geométrica.

¿Doctora White? ¿Es usted?

Un hombre de piel oscura con un uniforme azul, conduciendo una furgoneta blanca con un águila dibujada. Baja su ventanilla y reduce la velocidad hasta ir a mi paso.

¿Sí?, digo, sin dejar de caminar.

No es el mejor día para andar por ahí. Desagradable.

Es solo un paseo, digo. Me aseguro de no mirarlo directamente. Si no los miras, igual te dejan en paz. Si no los miras, a veces lo dejan estar.

¿Quiere que la lleve? Mírese, está totalmente calada. Sin abrigo. Ay, Dios, y sin zapatos. Venga, súbbase.

No. Me gusta este tiempo. Me gusta sentir mis pies descalzos sobre el cemento. Frío. Despertándome de mi estado somnoliento.

¿Sabe? A esa señora tan simpática con la que vive no le hará gracia.

¿Y qué?

Venga, tranquila. Habla con dulzura mientras sube la camioneta al bordillo. Extiende ambas manos, con las palmas hacia arriba, y me hace un gesto con ellas. Suavemente.

No soy un perro rabioso.

No, no lo es. Claro que no. Pero no puedo pasar de largo sin hacer nada. Sabe que no puedo, doctora White.

Me aparto el pelo helado del rostro y sigo andando, pero él avanza con su camioneta a mi lado. Toma su teléfono. Si marca siete números, no pasa nada. Si marca tres, es malo. Eso lo sé.

Me detengo y espero. Undostrés. Se para. Se lleva el teléfono a la oreja.

Espera, digo. No. Doy la vuelta por delante de la camioneta. Abro la puerta de un tirón y me monto a su lado. Cualquier cosa con tal de detener esa llamada. Detener lo que sucedería. Cosas malas. Apaga ese teléfono, digo. Apaga ese teléfono. Duda. Oigo una voz al otro lado. Mira el teléfono, y lo cierra. Me ofrece lo que se supone que es una sonrisa tranquilizadora. No me engaña.

¡De acuerdo! Vamos a llevarla a casa antes de que se muera.

Me espera junto a la acera hasta que llego a la puerta. Está abierta de par en par, y el viento y la aguanieve se cuelan por el recibidor. Las gruesas cortinas adamascadas de las ventanas delanteras están empapadas. Piso una alfombra mojada, una oscura alfombrilla de Tabriz que compramos en Bagdad hace treinta años, ahora considerada una reliquia de museo. James la hizo tasar el año pasado, se pondrá furioso. Los zapatos de Magdalena no están. Una taza de té tibio sobre la mesa, a medio beber.

De repente me encuentro muy cansada. Me siento frente al té y lo aparto, pero no antes de captar un aroma a manzanilla. Cuántas historias de viejas sobre la manzanilla han demostrado ser ciertas. Una cura para problemas digestivos, fiebre, dolores menstruales, de estómago, infecciones de la piel y ansiedad. Y, por supuesto, insomnio.

¡Un remedio para todos los males!, exclamó Magdalena cuando se lo conté. En realidad, no, dije. No para todos.

Estamos escuchando *La pasión según san Mateo*. Es 1988. Solti está en el podio del Orchestra Hall, y el público permanece cautivado hasta que las cadencias se resuelven. Los acordes de séptima disminuida y las inquietantes modulaciones. El suspense apenas soportable. Puedo sentir el calor de los dedos de James entrelazados con los míos, su aliento cálido en mi mejilla.

Entonces, de repente, es un frío día de invierno. Estoy sola en mi cocina. Doblo los brazos sobre la mesa y apoyo mi cabeza en ellos. ¿Me he tomado las pastillas esta mañana? ¿Cuántas me tomé? ¿Cuántas harían falta?

Ya casi he llegado al punto. Casi he alcanzado ese punto. Y oigo un eco de Bach: *Ich bin's, ich sollte büßen*. Soy yo la que sufrirá y acabará en el infierno.

Pero todavía no. No. Aún no. Me siento y espero.

Un hombre ha entrado en mi casa sin llamar. Dice que es mi hijo. Magdalena lo corrobora, así que lo acepto. Pero no me gusta la cara de este hombre. No descarto la posibilidad de que me estén diciendo la verdad, pero iré con cuidado. No me confío.

Lo que veo: un extraño, un extraño muy guapo. Moreno. De pelo oscuro, ojos oscuros, un aura oscura, si se me permite ser imaginativa. Me dice que no está casado, que tiene veintinueve años, que es abogado. ¡Como tu padre!, comento, astutamente. Su oscuridad cobra vida. Frunce el ceño, no hay otra forma de decirlo.

Para nada, dice. Ni lo más mínimo. No puedo ni soñar con llegarle a la suela de los zapatos al gran McLennan. Asesora a los poderosos y hazte de oro. Y hace una medio reverencia fingida ante el retrato del hombre moreno y delgado que cuelga en el salón. ¿Por qué no me diste tu apellido, mamá? Los zapatos habrían estado igual de altos, pero al menos tendrían una forma distinta.

¡Ya basta!, digo bruscamente. Porque ahora recuerdo a mi hijo. Tiene siete años. Acaba de entrar en la habitación, con las manos pegadas a los muslos y un gesto glorioso en la cara. Hay agua salpicando por todas partes. Descubro que tiene los bolsillos llenos de los pececitos de su hermana. Todavía coletean. Se sorprende ante mi enfado.

Salvamos a algunos, pero la mayoría son cadáveres fríos y mustios para tirar por el retrete. Su arrobamiento no disminuye, contempla fascinado la última cola roja y dorada desaparecer absorbida. Incluso cuando su hermana descubre la pérdida, no

se muestra arrepentido. No. Más que eso. Está orgulloso. Perpetrador de una docena de diminutas matanzas en una, de otro modo, tranquila tarde de martes.

Este hombre que dicen que es mi hijo se acomoda en el sillón azul, cerca de la ventana del salón. Se afloja el nudo de la corbata, estira las piernas y se pone cómodo.

Magdalena me cuenta que has estado bien, dice.

Mucho, digo con frialdad. Todo lo bien que puede estar alguien en mi estado.

Háblame de eso, dice.

¿De qué?, pregunto.

De hasta qué punto eres consciente de lo que te está pasando.

Todo el mundo me pregunta eso, digo. Están sorprendidos de que pueda ser tan consciente, tan...

Fría, dice él.

Sí.

Siempre lo fuiste, dice. Tiene una sonrisa irónica que no carece de atractivo. *Cuando me rompí el brazo, estabas más interesada en mi densidad ósea que en llevarme al hospital.*

Recuerdo que alguien se rompió el brazo, digo. Mark. Era Mark. Mark se cayó del arce que hay frente a la casa de los Janeckis.

Yo soy Mark.

¿Tú? ¿Mark?

Sí. Tu hijo.

¿Tengo un hijo?

Sí. Mark. Yo.

¡Tengo un hijo! Me quedo de piedra. ¡Tengo un hijo! Me llena de júbilo. ¡Alegría!

Mamá, por favor, no...

Pero estoy abrumada. ¡Todos estos años! ¡Tenía un hijo y nunca lo supe!

El hombre se arrodilla ahora a mis pies, abrazándome.

No pasa nada, mamá, estoy aquí.

Me agarro a él con fuerza. Un buen jovencito y, lo más maravilloso de todo, concebido por mí. Hay algo que no está

bien en su cara, un defecto en su hermosura. Pero, a mis ojos, esto lo hace aún más adorable.

Mamá, dice pasado un momento. Sus brazos aflojan el apretón a mi alrededor y se separa. Al instante echo de menos el calor, pero lo dejo marchar a regañadientes y me siento en mi silla.

Mamá, tengo algo muy importante que decirte. Es sobre Fiona. Ahora está de pie y su cara ha recuperado el gesto oscuro y vigilante que mostraba cuando entró. Conozco esa mirada.

¿Qué le pasa?, pregunto. Mi tono no es cordial.

Mamá, sé que no quieres oír esto, pero se le ha ido la olla otra vez. Ya sabes cómo se pone.

Sí que lo sé, pero no respondo. Nunca he animado estos cuentos.

Esta vez está mal. Muy mal. No me habla. Tú solías conseguir aplacarla. Papá, a veces. Pero ella te escuchaba. ¿Crees que podrías hablar con ella? Hace una pausa. ¿Entiendes lo que te digo?

¿Dónde has estado, cabrón?, le pregunto.

¿Qué?

Después de todos estos años, ¿vienes aquí a decir estas cosas? Shhh, mamá. No pasa nada. Estoy aquí. Nunca me he ido.

¿Qué quieres decir? He estado sola. Completamente sola en esta casa. Cenando sola, yéndome a la cama sola. Tan sola...

Eso no es verdad, mamá. Hasta el año pasado tenías a papá. ¿Y qué hay de Magdalena?

¿Quién?

Magdalena. Tu amiga. La mujer que vive contigo.

Ah, ella. No es mi amiga. Cobra un sueldo. Yo le pago.

Eso no significa que no sea tu amiga.

Sí, sí que lo significa. De repente, estoy enfadada. ¡Rabiosa! ¡Cabrón!, digo. ¡Me has abandonado!

El hombre se pone en pie lentamente y suelta un largo suspiro. ¡Magdalena!, grita.

¿Me oyes? ¡Cabrón!

Te oigo, mamá. Mira a su alrededor, buscando algo. Mi abrigo, dice. ¿Has visto mi abrigo?